

# Namibia, paraíso de los cazadores

**EDUARDO M. VARA DE REY,**  
*Comandante Auditor*

**T**ODO aficionado a la caza mayor debería conocer Namibia. En el territorio, de notables dimensiones, existen múltiples fincas plagadas de animales, cuyos propietarios explotan, permitiendo a los cazadores, a cambio de elevadas sumas, que cobren sus piezas más codiciadas. De hecho, algún miembro del contingente ha cambiado su uniforme verde por el atuendo de caza y ha aprovechado sus vacaciones, minivacaciones UNTAG, para pegar por ahí unos tiros y llevarse a España su trofeo en forma de cornamenta de oryx o de kudu.

Otros, más originales, han seguido otro procedimiento para abatir al animal. Sea por afición, despiste o mala suerte, lo cierto es que se sabe de dos españoles que se han cobrado, respectivamente, un jabalí y un oryx, y no precisamente a golpe de escopeta, sino pegándoles un señor trastazo con el coche que conducían por las carreteras namibianas. Los animales corrieron, pues, nefasta suerte, pese a que seguro que hace algunos meses también habrían muerto, aunque de risa, tomando el extraño vaticinio como un absurdo chiste, si alguien les hubiese pronosticado que serían embestidos por un coche de ONU, conducido por un español y nada menos que en Namibia. Así es el destino que, sin embargo, ha sido bondadoso con los conductores-cazadores, que no sufrieron siquiera un rasguño. Vaya en su descargo que, en estos caminos, donde menos se espera salta... el oryx. Y el bicho pesa algo así como 250 Kg.

Los periódicos, sin embargo, han ignorado estas incursiones de nuestros compatriotas por el mundo de

la caza y se han volcado, con razón, en la visita de Pérez de Cuéllar al territorio que ha sido, incuestionablemente, la noticia más destacada en los últimos tiempos. El pueblo de Namibia sabe positivamente que el camino hacia su independencia, tan anhelada, está flanqueado por la Comunidad Internacional y por ello la presencia del Secretario General de Naciones Unidas ha constituido todo un acontecimiento, en cuanto supone el espaldarazo a la actuación del Grupo de Asistencia para la Transición y la consolidación de ese anhelo de los namibianos.

La visita al norte de Pérez de Cuéllar, en este clima preelectoralista, ha tenido su repercusión en el personal de vuelo del contingente español. La nube de seguidores que aquél arrastra, ha utilizado nuestros Aviocares en sus desplazamientos, obligando a las tripulaciones a un nuevo esfuerzo y a alejarse de Windhoek durante el tiempo que ha durado la visita. Poco, por ello, han podido disfrutar de sus nuevos alojamientos en la capital, tras una nueva mudanza que, esta vez, ha afectado a la mayoría. Atrás quedan los tiempos en que se residía en el State Hospital, el Pastoral y Show Grounds. Hoy, casi todos los oficiales viven en el Hotel Safari, muy próximo a nuestra base de operaciones en Eros. Suboficiales y cabos primeros, por su parte, se han trasladado a Suiderhof, sede asimismo del Cuartel General de UNTAG. Si bien todo cambio de domicilio pone, por principio, los pelos de punta por el trajín que lleva consigo, en este caso se ha recibido con buena cara porque con él hemos salido ganando todos.

Nuestra unidad principal de medida de tiempo es el "Hércules". Cada "Hércules" consta de veintidós días que es, precisamente, la frecuencia con la que uno de estos aviones llega a Windhoek desde España. Nada tiene de extraño por ello, en nuestra jerga, afirmar "me voy dentro de dos Hércules" o "de aquí a cinco Hércules hará un calor espantoso". Pues bien, digamos que hace seis Hércules y medio todo eran dificultades y no se disponía literalmente de nada. Justo es reconocer que el contingente vive ahora mucho más confortablemente que entonces. El que llega primero obtiene esa íntima satisfacción que proporciona el hecho de ser pionero, engorda su vanidad, pero se encuentra a cambio con las inevitables limitaciones iniciales de todo lo que es nuevo. Los que vienen después gozan menos de esa compensación moral reservada a quienes rompen el fuego, aunque encuentran un camino bastante más fácil de recorrer. Y resulta meritorio que

*Personal de UNTAG a punto de partir para Rundu.*



los ochenta y cinco hombres que durante cerca de cuatro meses hemos convivido en esta tierra, como primeros integrantes del contingente, podamos hoy ofrecer a quienes nos van reemplazando unas condiciones de vida mucho más aceptables.

Las instalaciones, los alojamientos, los medios de transporte y los de comunicación, no son ya los que eran. Hoy no hay que hacer juegos de manos para encajar a ochenta y tantas personas en sólo dos vehículos, ni coleccionar monedas de rand para llamar a España, a trancas y barrancas, desde un cabina cuyo teléfono las más de las veces se niega a tragarse, ni gestionar con una lavandería la limpieza de nuestra ropa. Las necesidades más elementales, las pequeñas "pegas" que a diario surgen y que conforman la vida misma haciendo que el bienestar exista o no, están ya suficientemente superadas gracias, sobre todo, a que en un clima de colaboración y responsabilidad compartida el piloto no se ha limitado sólo a pilotar, el médico a curar o el intendente a controlar los dineros.

Independientemente de su específica misión, cada uno ha asumido la tarea de desempeñar, además, otros cometidos por el bien de todos, sin racanear a la hora de hacer aquello que, ciertamente, alguien tenía que hacer, por muy atípico que fuera, en condiciones normales, para los integrantes de su Arma, Cuerpo o Escala. Aquí, tal vez, está lo mágico de esta experiencia y la clave de que se haya formado un equipo serio y compacto, en el que las desavenencias han sido mínimas. Aquí reside el mérito de este contingente, en el que la mezcla de militares con muchos trienios junto con otros de reciente ingreso, no ha sido obstáculo para hacer coincidir a todos en el mismo sentido de la necesidad del esfuerzo y la asunción de responsabilidad. Que Ferrús es riguroso, antes que nadie consigo mismo, rudo incluso a veces, lo sabemos todos en el contingente y sobre ello hemos ironizado cuanto hemos podido como corresponde hacer con el jefe. Pero ironías al margen, que aunque cariñosas pueden malinterpretarse, justo es reconocer que seriedad,

esfuerzo y sentido de la responsabilidad es precisamente lo que aquí ha transmitido a los demás desde el primer instante, propiciando de manera decisiva esa armonía y buena disposición entre el contingente.

Poco se ha personalizado en estas crónicas desde Namibia. Se ha pretendido, deliberadamente, dar una visión global de la situación, pero tal vez sea ésta la ocasión para hacer una excepción y resaltar, con cierto carácter de despedida pues cuando se publique esta crónica, ya habrá cesado en el ejercicio de este mando, esas cualidades del jefe del destacamento, decisivas para la espléndida tarea que se está llevando a cabo. Y como al mismo tiempo se marche el "jefe de la parte civil" Antonio Ortiz, el Observador Diplomático, con quien hemos mantenido una magnífica relación, vaya también para él nuestra cariñosa despedida, aunque nos quedamos con la frustración de que Colleen, su secretaria, se haya negado a aceptar nuestra sugerencia de contestar al teléfono de su jefe, a la vista de los enormes apéndices auditivos de éste, que nosotros también somos buenos observadores, con algo así como "Oficina del Orejador Diplomático, dígame...". Mucha suerte a todos, cuando tras esta experiencia namibiana tomemos, inevitablemente, rumbos distintos.

Despedida pues para unos y bienvenida para otros. Para los nuevos que, se pongan como se pongan, tienen las cosas más fáciles o, digámoslo más suavemente, menos difíciles. Hasta van a sacarlos en la "tele", que por aquí se ha detectado la presencia de algunos cámaras de TVE dispuestos a inmortalizar vicencias del contingente. Y hasta podrán permitirse el lujo, nuestro trabajo nos ha costado enseñar nociones básicas de español a las muchachas que atienden el bar de Eros, de emplear tranquilamente su castellano para pedir "un café", si no quieren o no saben hacerlo en inglés o en afrikaans, que escucharán de inmediato un sonoro "marchando" pronunciado por una de las empleadas, quien después y al ser preguntada "cuanto es" responderá "noventa y ocho", para despedirse finalmente con un "hasta luego" o, si hay propina de por medio añadir un "bote, gracias".

Y así da gusto. ■

